



COMENTARIOS AL EVANGELIO EL BAUTISMO DEL SEÑOR Mateo 3, 13-17: Éste es mi Hijo al que miro con cariño

Este domingo, como comunidad de creyentes, celebramos el bautismo de Jesús, que como uno más de su pueblo, se acerca a orillas del Jordán para ser bautizado por Juan, y, junto con él, celebramos nuestro bautismo. Este domingo está integrado en el conjunto de las celebraciones de Navidad-Epifanía. Lo que ante todo debe aún subrayarse es la manifestación de Jesucristo y esta manifestación adulta de Jesucristo completa la presentación predominantemente centrada en la infancia. Estamos pues completando el ciclo de navidad. Nuestro vivir en el seguimiento de Jesús no son sólo "cosas de niños" sino una tarea -una lucha- plenamente adulta, consciente, libre y responsable.

Subrayamos pues la vinculación estrecha de esta fiesta con lo que hemos celebrado en los días de Navidad-Epifanía. Aquel niño es un hombre que viene a revelar y realizar la voluntad del Dios que nos ama. Por eso es el ungido con el Espíritu de Dios. Durante todos los domingos del año escucharemos su Palabra para seguir su camino, porque su camino sigue en nosotros. También nosotros hemos recibido el Espíritu de Dios para manifestar y realizar el amor de Dios. Es lo que significó nuestro bautismo-confirmación. ¿Cómo seguimos este camino? ¿Cómo lo vivimos?

Así como Él escuchó la voz del Bautista, como los primeros cristianos escucharon e hicieron suyo el mensaje de la voz del Padre que marca y remarca la identidad de Jesús de Nazaret como su Hijo amado y predilecto, también nosotros quisiéramos escuchar y hacer vida de nuestra vida la voz del Espíritu de Jesús que misteriosamente nos habita desde el día de nuestro propio bautismo.

Termina el tiempo de navidad: La fiesta del Bautismo del Señor enlaza con la Epifanía por su condición de celebración de la primera manifestación pública de Jesús, al comienzo de su ministerio. Hemos pasado, en la celebración de los misterios, de la infancia a la edad adulta de Jesús. La antífona de entrada (Mateo 3,16-17) expresa bien el contenido celebrativo de esta solemnidad: *"Una vez bautizado, Jesús salió del río. De repente se abrió el cielo y vio al Espíritu de Dios que bajaba como paloma y venía sobre él. Y se oyó una voz celestial que decía: Este es mi Hijo, el Amado, al que miro con cariño"*. Con esta fiesta se cierra el ciclo navideño de las manifestaciones de Dios en la carne, para dar paso al tiempo ordinario.

El acontecimiento del Bautismo de Jesús ha causado siempre mucha extrañeza y sorpresa. Comenzó en la etapa apostólica. Los primeros cristianos se preguntaban: ¿Por qué se acercó Jesús al Jordán para recibir un bautismo de "penitencia y conversión"? ¿para qué quiere pasar por este rito Jesús? Ciertamente que Jesús no

"necesitaba" el Bautismo de Juan. Jesús respondió a Juan: *"es necesario que así cumplamos lo ordenado por Dios"*.

El bautismo de Jesús: El contexto es bien conocido. Mateo subraya que Jesús se *traslada "de Galilea al río Jordán, en busca de Juan, para que lo bautizara"*. Lucas parece sugerir que Jesús se acercó al Jordán en medio de los que se dirigían allí a recibir el bautismo de Juan. Es necesario anotar que todo el relato del bautismo de Jesús es una epifanía, es decir, un relato revelador de realidades muy profundas en un lenguaje austero y sobrio: es el momento en que Jesús recibe su misión y el equipamiento necesario para la misma.

La intención del viaje es expresada con nitidez, mayor que la que encontramos en los otros evangelios. Poco antes decía que muchos acudían para ser bautizados por Juan, a ellos se une Jesús desde Nazaret de Galilea antes de iniciar su misión. Juan que había declarado no merecer *"llevarle las sandalias"*, se niega ahora humildemente a bautizar a Jesús. El evangelista quiere recalcar la diferencia entre ambos personajes.

Sorprendente situación: Jesús entre los pecadores camino del Jordán. Desde el comienzo del relato se invita al lector a centrar su atención adecuadamente. Todo el acontecimiento está cargado de profundo sentido y el evangelista quiere que desde el principio dirijamos la mirada en la dirección que él estima la adecuada. Jesús va a recibir la misión y tarea del Siervo: asumir sustitutivamente la responsabilidad del pueblo y de la humanidad. Por eso presenta de modo anticipado visualmente esta misión y tarea. Los discípulos de Jesús no caminan por el mundo aislados. Al contrario, lo hacen por los mismos caminos y en los mismos ámbitos que sus hermanos los hombres. Ahí, en medio de todos, el creyente es sal y luz. Y es llamado a no escandalizarse del mal de nadie, sino a reconocerlo, asumirlo y tratar de superarlo. Ardua pero noble tarea.

Jesús se bautiza como uno de tantos. Aunque el bautismo de Jesús sea una acción totalmente singular, como lo es también su persona y su filiación divina, se somete al bautismo de Juan como los demás. Jesús asume así la condición humana con todas sus consecuencias y la asume porque Dios así lo ha dispuesto. Este va a ser el sentido de su vida, su trayectoria y el modo de llevar a cabo su misión. Esto va a ser causa de tentación para el pueblo de Israel y para el mismo Jesús. En esta escena del bautismo de Jesús queda marcado el estilo de la vida de Jesús. La ayuda de Dios no va a ser milagrosa y excepcional y Jesús empezará muy pronto a sentir en carne propia la maldad y violencia humana hasta llevarle a la cruz. Es el camino querido por Dios y aceptado por Jesús. En los comienzos se adivina el final. Encarnación, solidaridad, abajamiento, cruz, son los jalones que marcan la ruta de este bautismo inicial. Dios tal vez pudo escoger otros caminos, lo que está claro es que escogió éste para ayudar y salvar al hombre. Los discípulos, por su parte, deben seguir e imitar al maestro.

Recibiendo el bautismo de agua, Jesús se hace solidario de los pecados del pueblo y de todos los hombres; y se hace solidario de todos los que luchan por un mundo

mejor. Toma sobre sí el pecado del mundo y abre, a todos los que quieran seguir el ejemplo de su vida, el camino a la salvación-liberación de todo tipo de esclavitudes.

Jesús no viene desde fuera para decirnos lo que hay que hacer, sino que asume desde dentro, hace suyo todo lo que es la vida de los hombres: el mal, el pecado, el dolor, la limitación. Y asumiéndolo, nos posibilita para vivir una vida distinta, purificada y liberada. Nos hace descubrir que los hombres llegamos a construirnos viviendo para los demás.

Jesús vivió, sufrió y murió para que nuestra vida y nuestra muerte se hicieran semejantes a las suyas. Jesús no hizo como si fuera pecador -no tenía pecado (Hebreos 4,15). Vino a vivir sin más una vida humana, para enseñarnos a amar en el sufrimiento, en la lucha contra la injusticia, en la humillación. Para enseñarnos a amar incluso cuando nos creemos que ya sabemos hacerlo. Para enseñarnos que ésa es la verdadera vida de los hombres. Jesús no se juntó con los "buenos" de su época ni esperó a que fueran a Él los "malos"; se fue a buscarlos, a estar con ellos; y fue tratado como uno de ellos.

El bautismo de Jesús es la toma de conciencia del hombre Jesús de la misión que el Padre le encomienda. Toma de conciencia en la que influye la predicación de Juan y la espera mesiánica de "los pobres de Israel". Toma de conciencia que se manifestará progresivamente. La revelación de Dios en Jesús es discreta: no se realiza a base de gritos ni golpes de mando o de fuerza. El bautismo de Jesús es considerado, desde los comienzos de la predicación cristiana, como el principio de la Buena Noticia.

La fiesta del Bautismo del Señor es una fiesta que comporta una cierta complejidad tanto en su sentido como en su comprensión, y a la vez una gran riqueza de contenidos que la hacen atractiva y sugerente. Tiene un contenido y un sentido propio que lo diferencian del sentido y significado del bautismo cristiano. Pero también es cierto que este bautismo de Jesús de alguna manera prefigura, e inevitablemente evoca, nuestro bautismo, y será oportuno recoger también esta referencia.

Así pues, las lecturas de este día nos ofrecen tres elementos que identifican el verdadero bautismo en el Señor.

Un primer elemento lo encontramos en el texto de **Isaías**, quien nos habla de la actitud del siervo de Dios; éste ha sido llamado y asistido por el Espíritu para llevar a cabo una especial misión en el pueblo de Israel: hacer presente con su vida la actitud misma de Dios para con la humanidad; es decir, evidenciar que Dios instauro su justicia y su luz por medio de la debilidad del ser humano. Por tanto, la tarea de todo bautizado es testimoniar que Dios está actuando en su vida; signo de ello es su manera de existir en medio de la comunidad; debe ser una existencia que promueva la solidaridad y la justicia con los más débiles, pues en ellos Dios actúa y salva; en ellos se hace presente la liberación querida por Dios.

El segundo elemento está presente en el relato de los **Hechos de los Apóstoles**. La intención central de este relato es afirmar que el mensaje de salvación, vivido y anunciado por Jesús de Nazaret, es para todos sin excepción. Está claro que Dios no hace distinciones; acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea. Realmente el Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, no tienen acepción de personas; todos le interesan y todos son llamados a participar de la filiación divina adoptiva. Para los creyentes ya no hay distinción de razas, lenguas, naciones o expresiones religiosas. Desde la convicción de su propia fe vivida y experimentada sabe que el diálogo con todos es posible, necesario, sincero y urgente.

La única exigencia para ser partícipe de la obra de Dios es iniciar un proceso de cambio (*respetar a Dios y practicar la justicia*), que consiste en abrirse a Dios y abandonar toda clase de egoísmo para poder ir, en total libertad, al encuentro del otro, pues es en el otro donde se manifiesta Dios.

Así capacitado para la misión, Jesús pasó haciendo el bien. Era el hombre para los demás en todos los aspectos. Y Pedro lo recuerda solemnemente en su proclamación. Este reconocimiento y proclamación define un aspecto importante de la misión y tarea de Jesús. Es una característica del Siervo de Yahvé el ser para los demás y por los demás. A ejemplo de Jesús, todo bautizado tiene el deber de pasar por la vida “haciendo el bien”; tiene la tarea constante de cambiar, de despojarse de todo interés egoísta para poder así ser testigo de la salvación.

Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo. Otro aspecto de la promesa que se cumple en Jesús: ha recibido el don del Espíritu Santo para realizar su misión y su tarea. Pedro recuerda un aspecto importante en esta donación del Espíritu: Jesús recibió la fuerza del Espíritu. A Lucas le gusta llamar al Espíritu "Fuerza" de Dios. Este aspecto es importante para comprender la misión de Jesús: a pesar de las graves dificultades, incomprensiones y rechazos, Jesús llevará adelante la misión hasta la consumación final. Tampoco a los discípulos de Jesús les faltará esta fuerza que viene de lo alto y contra la que nadie podrá vencer. Ya lo habían experimentado los profetas. Nunca ha sido fácil la tarea del testimonio de la vida y la evangelización. Pero siempre ha seguido adelante, especialmente por el testimonio de los mártires.

El evangelio de **Mateo** desarrolla el tercer elemento que identifica el verdadero bautismo: La obediencia a la voluntad del Padre. “La justicia plena” a la que se refiere Jesús en el diálogo con Juan el Bautista manifiesta la íntima relación existente entre el Hijo de Dios y el proyecto del Padre. Esto significa que el bautismo es la plenitud de la justicia de Dios, ya que las actitudes y comportamientos de Jesús tienen como fin hacer la voluntad de Dios. Esta obediencia y apertura a la acción de Dios afirma su condición de hijo; es hijo porque obedece y se identifica con el Padre. Esta identidad de Jesús con el Padre (ser Hijo de Dios) se corrobora en los sucesos que acompañan el bautismo: El cielo se abre, desciende el Espíritu y una voz comunica que Jesús es Hijo predilecto de Dios.

Por desgracia, en la actualidad el bautismo se ha limitado al mero rito religioso, desligándolo de la vida y la experiencia de fe de la persona creyente. Se ha olvidado que el bautismo es el hecho fundamental del ser cristiano, pues evoca la vida, la muerte y la resurrección de Cristo y la participación de todo cristiano en este misterio. El bautismo viene a significar en síntesis, y teniendo en cuenta los elementos descritos anteriormente, la entrega generosa a Dios y a los hermanos a ejemplo del mismo Cristo.

Conviene que así cumplamos toda justicia: En Mateo, Juan Bautista es la primera persona en entablar un diálogo con Jesús. Su relato nos trae las primeras palabras de Jesús en este evangelio. Ellas adquieren un carácter de anuncio. Rechaza la negativa de Juan para bautizarlo, debe hacerlo: “*déjame ahora*”, dice el Señor, no pongas reparos. En seguida da la motivación de su insistencia: “*pues conviene que así cumplamos toda justicia*”. El término empleado por Mateo dice que se trata de algo más que conveniencia, es una urgencia; obligación no solo de Jesús, ambos deben cumplirla.

Mateo conserva la riqueza y la complejidad del vocablo justicia en la Biblia, la justicia es obra de Dios y por eso mismo ha de ser predicada por quienes creen en Él. Ella implica relación con el Señor, es decir santidad; y a la vez relación entre los seres humanos: reconocimiento de los derechos de cada uno, en especial de los indefensos y maltratados, es decir justicia social. La justicia significa pues ambas cosas: amor a Dios y amor al prójimo, indisolublemente unidos. Cumplir la justicia supone buscar el Reino y la justicia por encima de todo: “*Busquen primero el Reino y todo lo bueno que éste supone, y esas cosas vendrán por añadidura*” (Mateo 6,33). Ese es el programa que nos plantea Mateo desde las primeras palabras de Jesús en su evangelio.

Ser “llamado para la justicia” es recibir el encargo de “abrir los ojos de los ciegos, sacar a los cautivos de la prisión”. La expresión “cumplir toda justicia” significa someterse al plan de Dios revelado por las Sagradas Escrituras, plan de Dios que se revela como proyecto de humildad y de solidaridad. Estas breves palabras, las primeras de Jesús, definen su actitud profunda; ha venido a cumplir el plan de Dios, y no permite que nada le aparte de él. Su actitud profunda es la sumisión, la obediencia que se expresa como una lógica de humildad y de solidaridad con todo el pueblo pecador.

Hoy más que nunca es necesario acercarnos a los demás, sobre todo a los pobres y a todos los que sufren. Para detener la ola de egoísmo que reduce al hombre a su casa en busca de bienestar egoísta, evadido y culpable. El acompañamiento de los pobres requiere mucho más que darles limosnas de dinero; exige amor, presencia cercana, acogida, reestructuración de valores en función de la solidaridad, la organización no puede separarnos del contacto directo y la proximidad afectiva y personal, porque sólo el amor salva. Jesús no se avergonzó de pasar por un pecador más. ¿Nos avergonzaremos de mancharnos con las miserias de nuestros hermanos? ¿Les rechazaremos por escándalo farisaico?

Solidaridad de Jesús con el pueblo: Una de las cosas que más hacen sufrir a los jóvenes de hoy es la falta de perspectivas de futuro. Les cuesta imaginar qué van a ser, de qué y cómo van a vivir y sostener su familia, que van a hacer, con qué ideales e ilusiones se van a identificar... Y esto se agrava al no encontrar trabajo o salidas profesionales o laborales válidas; lo que les conduce a la desilusión y a la desesperanza, y a buscar subterfugios para olvidar esta angustia.

Todos, jóvenes y adultos, nos deberíamos preguntar: ¿Cuál es mi misión en esta vida? Y darnos cuenta de que esa misión quedará sin hacer si nosotros nos evadimos. Juan el Bautista, el profeta de la conversión, predicaba e invitaba a la gente a bautizarse como signo del deseo de cambiar de estilo de vida, de seguir un camino de fidelidad a Dios en la entrega a los hombres.

La figura del Bautista nos es presentada con rasgos proféticos: era un hombre independiente. Su austeridad no era debida a un cierto complejo de inferioridad con respecto al mundo, como el que hoy muchos creen que tienen y siguen otros caminos. Tampoco era la suya una espiritualidad evasiva, sino una búsqueda de pobreza y austeridad, porque únicamente desde ahí se puede hacer la fuerte denuncia de los poderosos que él realizaba.

Nadie esperaba un Mesías procedente de una oscura aldea de Galilea. Nadie aguardaba a un Mesías que se sometiera a un bautismo de penitencia, participando en el movimiento de conversión de su pueblo. Sin embargo, en este pobre galileo es donde se hace presente la acción salvadora-liberadora de Dios, la acción definitiva y para todos. Y es en una profunda actitud de solidaridad con el pueblo pecador, y en búsqueda de un futuro mejor, como se revela esta acción.

"Haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo": Es un buen resumen de la vida de Jesús: misericordia y liberación. De ambas hizo el sentido de su vida como enviado del Padre. Las practicó inteligentemente, llegando a unos extremos sorprendentes por los que se revela la novedad de Dios. Amó hasta el extremo. Quiso acercarse a los más alejados y desfavorecidos, para mostrarles las preferencias de su Padre a favor de ellos. Con ello provocó el escándalo de los buenos y se firmó su propia sentencia de muerte. No exigió nada a cambio al acercarse a los pobres y pecadores; ni siquiera su conversión como condición previa. Les amó sin límites. Con ello revelaba un nuevo rostro de Dios misericordioso. ¿Cuándo nos convertiremos nosotros al amor sin límites?

La misericordia entrañable que mostró Jesús con los más oprimidos puede sensibilizar nuestras entrañas deshumanizadas. El otro aspecto de la vida de Jesús fue liberar a los oprimidos. Supone ser críticos ante las opresiones, ver sus causas a la luz del evangelio, denunciarlas, implicarse en la lucha en contra, caminar al lado de los oprimidos. Sólo puede liberar a otros el que es profundamente libre. Liberar es ayudar a que cada uno asuma su vida, saque sus recursos, sea cada vez más responsable y crezca. No es sólo una batalla o empresa personal; también implica la destrucción de las estructuras opresoras y la creación de espacios de libertad y de amor.

Sentido de nuestro bautismo: El bautismo de Jesús y la misión que inició después deben hacernos pensar en los sacramentos de la iniciación cristiana: nuestro bautismo y confirmación. Nuestro bautismo es signo de nuestro compromiso de querer vivir según el camino que nos marcó Jesús, camino de justicia y libertad, de amor y paz.

El bautismo traza una línea divisoria entre quienes quieren vivir una vida de servicio, sin preocupaciones personales, pero sí preocupados por los hombres que le rodean; y entre quienes prefieren vivir una vida centrada en sí mismos, preocupados únicamente de lo que les afecta a ellos, con olvido de los demás. Línea divisoria que pasa por todos y cada uno de nosotros: una parte de nuestro ser quiere servir; otra, que le sirvan.

El bautismo de agua es la opción por la actitud de servicio bajo el proyecto de Jesús: amamos como El nos ama (Juan 13,34- 35); opción que se irá realizando a lo largo de la vida. El bautismo de deseo lo tienen aquellos que sirven a los demás y no están bautizados porque no conocen los planteamientos verdaderos de Jesús, por las razones que sean; sin olvidar a muchos que están bautizados y han renunciado a ser cristianos por identificar el cristianismo con los errores de la Iglesia institución, con sus infidelidades al evangelio.

El bautismo es signo de una continua conversión a una vida de servicio y amor, de justicia y libertad; en lucha con las seducciones del poder, del tener, del dominar, de la inmoralidad, de la pereza y de los vicios. En los que hemos sido bautizados de niños, el bautismo no conseguirá su plena realidad hasta que, ya adultos, lo asumamos por la fe. ¿Se puede llamar cristiano al bautizado que no trata de seguir en su vida el camino de Jesús? El bautismo es un comienzo; no cambia uno en seguida. Se inserta en un todo, en una vida entera. Es el signo sensible que está expresando la realización de una vida según Dios. Nos tiene que hacer conscientes de que un cristiano tiene que fundar la vida exclusivamente desde el evangelio.

No podemos realizarnos cada uno en solitario. Tenemos que transformarnos, transformando a la sociedad en que vivimos. A Jesús su vocación le llevó a solidarizarse con su pueblo, a tomar sobre sí los pecados de todos y destruirlos, aunque esto lo llevó a morir como mueren los hombres a los que la sociedad finge no poder tolerar por ser demasiado pecadores.

El camino de Jesús no acaba con El. Tenemos que continuarlo nosotros. Cada uno de nosotros, desde la aceptación personal de nuestro bautismo -opción de adultos a favor de Él, por haber sido bautizados de niños-, tenemos que hacer como Jesús hizo: unirnos a todo movimiento de liberación que brote en la humanidad, a todo lo que signifique defender los derechos humanos y comenzar los que sean necesarios.

Todo lo que Jesús ha vivido nos revela todo lo que nosotros podemos llegar a ser, aunque sea en menor grado. Nosotros, por el bautismo, también somos llamados. Hacemos realidad el bautismo según vamos respondiendo a las llamadas que nos

dirige Dios cada día, en cada situación concreta. Una llamada que no es para nosotros mismos, sino para los demás: vivir para los demás, ser para los demás. Una llamada que es lo que, en último término, puede hacernos salir de la apatía y de la desesperanza y nos puede situar en nuestro puesto. ¿En qué medida colaboramos con Cristo en ayudar a los demás, en iluminar, en liberar, en construir...?

La misión que Jesús emprende es la de liberar al pueblo de todas sus esclavitudes: dar la "vista" a los ciegos, el "oído" a los sordos, la "libertad" a los cautivos, la "buena noticia" a los pobres... (Lucas 4,18). Por eso es tan importante este acontecimiento de la vida de Jesús. El creyente en medio del mundo es un freno de la agresividad, violencia y egoísmo ambicioso de los hombres. Es un instrumento de reconciliación y de paz, a imitación y representación de Jesús, en medio de los hombres. Esta tarea y misión son especialmente urgentes de nuestro tiempo. El testimonio de la promoción de la paz con la vida y las palabras es una forma excelente de seguir a Jesús en su tarea y misión.

Es importante destacar nuestra fe en Él como la presencia del misterio de Dios en la historia y en el devenir de la humanidad. Fijarnos en la misión que el ungido, animado por el Espíritu divino, viene a desempeñar. Él va a implantar el derecho y la justicia. Y ciertamente Jesús lo hizo. Muy particularmente se empeñó en dignificar la vida de todos aquellos con quienes se encontró por los caminos de Galilea y que vivían sin la dignidad, los medios y la felicidad que el Padre quiere para sus hijas e hijos. Esta acogida de Jesús hacia los que se encuentran en los márgenes de la sociedad inaugura un mundo nuevo y una nueva humanidad, una nueva forma de entendernos y de relacionarnos los seres humanos, que sobre todo desde el esfuerzo por instaurar la fraternidad universal hará presente el Reino de Dios en nuestro mundo.

Debemos ser conscientes que nuestra condición de bautizados debería instarnos a vivir siempre dando gracias y buscando caminos de coherencia en conformidad con nuestra condición de discípulos y seguidores de Jesús. Bautismo y gozo pascual y sentimiento de plenitud de sentido van siempre estrechamente unidos en lo más profundo del ser creyente cristiano. Y buscando siempre caminos de coherencia.

Hoy los ungidos por el Espíritu de Dios somos nosotros, los creyentes cristianos, y nuestra misión es la misma que dinamizó toda la vida de Jesús. Al igual que Él, también nosotros deberíamos pasar por el mundo haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por cualquier tipo de mal. El sufrimiento sigue estando ahí, marcando y lacerando la vida de no pocas personas. Bautizados en el nombre de Cristo Jesús, fieles a su mismo Espíritu, también nosotros cada día hemos de promover la búsqueda del derecho y de la justicia para tantos seres humanos que carecen de ambos.